

tístico al Cerro Caracol en que discurre. No dudamos en parangonarlo con *El Crítico como Artista*, de Wilde. El estudio sobre América Hispana y Waldo Franck es un paralelo decisivo sobre las culturas de Norte y Sur América. En general no hay página perdida en el volumen, y lo recomendamos como utilísimo breviario para la juventud y para los que tengan incertidumbre sobre el devenir de la civilización, ya que el señor Molina lucha por formar generaciones de corazón y pensamiento generosos. No acertaríamos a hacer del señor Molina semblanza más acabada que aplicarle sus propias palabras a don Maximiliano Salas Marchán.

En el terremoto que asoló la Frontera, mientras se derrumbaban los edificios alrededor, la Universidad de Concepción, creada por el entusiasmo de don Enrique Molina, permaneció incólume y erguida. No dudamos que la obra intelectual del señor Molina, por su firme e ingrúvida estructura, resistirá con igual constancia los embates del tiempo y las pasiones.—DAVID PERRY B.

<https://doi.org/10.29393/At164-32RLEL10032>

ESTUDIOS DE LITERATURA CHILENA, por *Domingo Melfi D.*—
(Primera serie).—Nascimento. Santiago, 1938

Nuestra crítica literaria vive envuelta en una atmósfera pesada de erudición y vulgaridad. Dedicar luengo espacio a los estudios minuciosos y densos sobre temas que se caen de las manos por los aburridos y mecánicos. Rastrea hasta la saciedad en los orígenes y las fuentes de los autores. Acumula fichas y ficheros con tenacidad ejemplar. Se aleja de los asuntos vitales y olvida la interpretación y el ensayo modernos de calidad humana. Para ella no existen ni el hombre ni el paisaje.

Reaccionando contra tal tipo de crítica, inficionada de los modelos españoles del siglo XIX, se ha levantado Domingo

Melfi, espíritu curioso y ágil que ha comenzado una serie de *Estudios de Literatura Chilena* que prometen desenvolver una especie de panorama vivo y móvil de nuestros valores espirituales. Melfi es un hombre de sensibilidad alerta, propenso a lo patético y a lo dramático, buceador en los estados de alma colectivos, muy documentado, pero poco inclinado a mostrarnos los resortes secretos de su información.

Su libro nos ha traído a la mente muchas cosas que habían pasado por ella a través de lecturas y meditaciones. Es un índice útil y ameno para los principiantes y lectores extranjeros. Se parece, salvando las diferencias de tiempo y de sensibilidad, a otra obra nacional con el mismo título que la suya; la de don Pedro Nolasco Cruz, cuyas observaciones literarias siempre fueron certeras a pesar del mundo religioso y doctrinario limitado en que se desenvolvía su mentalidad chapada a la antigua.

La literatura chilena, a cuyo estudio contemporáneo sirve de introducción el libro de Melfi, es una literatura limitada pero de cierto sentido arquitectónico. En cierto modo corresponde a la idiosincracia de nuestra tierra. No es una literatura de grandes sorpresas ni que produce maravillas de estilo o de sensibilidad.

En cambio, ha demarcado bien sus fronteras regionales, sus problemas reducidos, sus características criollistas. Es una literatura con admirables líricos en que se deja ver algo el hombre interior con sus luchas sordas y sus interrogaciones ante el destino. En la novela esto sucede con menos frecuencia. Se ha dicho que el paisaje absorbe al hombre y lo aplana. Los novelistas se han detenido con morosidad en el cultivo de las descripciones, en la pintura de los ambientes, en el traslado casi automático de los arreos y aperos de los campesinos.

Falta en nuestra producción novelística la pintura del drama sordo del hombre con la naturaleza en el norte y en el sur. En el último tiempo han surgido dos o tres escritores que han

reaccionado contra esto. Entre ellos se destaca Coloane, cuyos cuentos hacen surgir la tragedia del habitante Magallánico y la auténtica pintura de los ovejeros, de los colonos y de los aventureros australes.

A pesar de todo, la literatura chilena ostenta cierto sello de dignidad. En ella se excluyen espontáneamente los grandes tópicos de la charlatanería lírica continental y los adocenados cuentos invertebrados de otros países. Aquí se nota con simetría la continuidad de una línea que viene a través del ciclo blest galiano, pasa por los naturalistas, sigue por los criollistas y continúa por los neo-criollistas, fantasistas e imaginistas de hoy.

Nuestra literatura carece de la arbitrariedad de otras, pero ofrece como compensación un campo interesante para el estudio de una serie de problemas psicológicos que Melfi esboza con claridad y firmeza en su reciente libro.

Este empieza con un sostenido panorama de *La novela y el cuento*. No está completo, pero sirve de orientación general para un lector. Es equilibrado y sensato, a pesar de cierta benevolencia del crítico que rehuye toda estridencia para buscar lo característico y singular en los escritores y agruparlos en someras definiciones.

A través de la novela y el cuento se ejerce, como un magisterio grave, la influencia de Blest Gana. Fué el padre de nuestra novela y el hombre de mayor imaginación creadora que apareció en ella. Vale decir un novelista puro sin contaminaciones políticas ni grandes preocupaciones por el estilo. A Blest Gana consagra más adelante Melfi comentarios muy interesantes y felices. Y hay que reconocer que en estos comentarios existen ideas que posteriormente se han reiterado sobre tan notable escritor.

Blest Gana se limitó a describir, a anotar lo que vió y sintió. Fué una verdadera fuerza de la naturaleza escribiendo. En la galería de su obra aparece una enormidad de tipos femeninos y masculinos de todas las clases sociales. Fué el único no-

velista cíclico que abarcó la época más esplendorosa de la nacionalidad chilena. Su ciclo comienza con *Durante la Reconquista*, que abarca la formación de la nacionalidad Chilena, continúa con *El loco Estero*, que pinta el período pelucón de la consolidación de la República, sigue con *Martín Rivas*, que trata la época de Montt y concluye con *Los trasplantados* en que describe al chileno rico que ha salido de su patria y lleva en el extranjero una existencia desaprensiva en medio del derroche y de la imprevisión. En este ciclo vemos las grandes virtudes y muchos de los defectos de la raza. Todo con rara objetividad que sólo se pierde quizá en *Los trasplantados* donde germinan algunas observaciones en que Blest Gana destaca las condiciones de moralista y de crítico social que nota en su tierra un sentido de decadencia en las clases directoras. *Los trasplantados* marcan, además, el comienzo de la riqueza insolente, del rastacuerismo, de la vida artificial a que se entregó la clase directora nacional y el sibaritismo cosmopolita que dió a ella una fisonomía peculiar que se percibe en su lenguaje, costumbres y maneras.

Melfi ha trazado aquí una semblanza feliz y animada de Blest Gana; pero no ha querido hacer el estudio erudito, minucioso y pesado de este escritor. Ha buscado sus raíces en lo nacional. Lo ha acariciado cuidadosamente, lo ha leído al trasluz, le ha dado sentido autóctono. Y la semblanza resulta vigorosa y animada por una prosa llena de matices.

Bella imagen es la de Daniel Riquelme de quien teníamos otra artificial y formada a través de los convencionalismos literarios. Riquelme fué un vividor, un producto característico del santiaguino del siglo XIX, como lo ha descrito en otra semblanza más detallada Mariano Latorre.

Para Melfi, Riquelme disuena dentro de la gravedad melancólica de la literatura chilena. Es un compañero magnífico de Pérez Rosales, otro chileno ciento por ciento. Ambos son escritores de gran estirpe criolla, de acento inconfundible, muy

ajenos a la profesión literaria, que escribían por instinto. Pero es innegable que fué más esmerado Riquelme, de cuya formación tenemos ya los antecedentes que permiten reconstruir su mentalidad. Pérez Rosales fué el instinto hecho escritor y sólo trasladó al papel sus impresiones caudalosas cuando la madurez había sosegado en él al hombre de empresa, temerario y al trotamundos impenitente.

Daniel Riquelme tiene rasgos sabrosos de chilenidad en su vida y en su obra. En su personalidad de vividor hay rasgos de cierto cinismo finisecular que se creía de buen tono. En su prosa hay aciertos de color local y atisbos magníficos sobre la psicología del roto al que conoció como cronista de la guerra del Pacífico y como observador de los viejos barrios y rincones santiaguinos.

El campo en la generación literaria de 1900 es otro de los ensayos de Melfi. En él analiza uno de los asuntos más debatidos de nuestra literatura. ¿Hay un abuso de las descripciones en ella? ¿Se ha escapado el alma elemental del hombre de campo a fuerza de insistir en los detalles y en los ambientes? ¿No existe acaso la tragedia rural como para hacer una gran novela al estilo de las que se han escrito en Méjico o en Ecuador? Todos estos y otros puntos de vista se han agitado en las innumerables polémicas que entre imaginistas y criollistas o entre criollistas y preciosistas se han provocado años atrás.

Nuestra novela rural no tiene grandes tragedias, porque el latifundio que permitió la pervivencia de los hábitos coloniales no dejó hasta hoy formar grandes núcleos de resistencia a la dominación señorial. En Méjico, se ha dicho, el personaje central de su novela moderna es la revolución y dentro de la novela campesina, la revolución agraria. En Chile, el escenario es más reducido y las tragedias viven más limitadas. Además, la carencia de indios no ha dado a las luchas sociales la violencia de las que pintan los escritores mejicanos y algunos del Ecuador, como Jorge Icaza y otros contemporáneos.

Sin embargo, hay una zona curiosa que nuestros novelistas no han explotado por carencia de curiosidad o indocumentación: la época de los despojos violentos a los indígenas, a comienzos de siglo, o las luchas tremendas entre los colonos y las fuerzas capitalistas que los han despojado de sus derechos.

No han faltado las tragedias rurales en Chile, pero la mayoría de nuestra tierra ha vivido bajo la moderna forma de la encomienda que es el latifundio conservado en las manos de pocas familias y bajo ciertas leyes patriarcales que no excluyen la explotación, pero en todo caso sin la brutalidad de los gamonales ecuatorianos o de los grandes señores mejicanos.

La novela rural chilena se desarrolló en el siglo actual bajo ciertas fórmulas idílicas y convencionales que descubrieron el valor del paisaje y lo sacaron de los contornos ingenuos del romanticismo. El paisaje del siglo XIX era indiferenciado. No tenía color ni persistencia. Era un paisaje que apenas apuntalaba al hombre. Ya observó Pedro Cruz que Blest Gana casi no percibía el paisaje o que su prosa descriptiva no tenía un vuelo extraordinario. Y respecto a otros escritores de ese tiempo, tenemos a mano entre nuestras notas una tomada de *La Academia político-literaria*, de Daniel Barros Grez, que no nos resistimos a copiar y que da la idea de cómo concebía el paisaje. Dice así: «Era una noche del mes de diciembre del año de gracia de 1889. La luna se elevaba majestuosamente sobre la cumbre de los Andes, cuya alta cresta se hallaba coronada de una diadema de blanquísimas nubes, medio iluminada por los rayos de ese albo sol de la noche que, a veces, vence en belleza y majestad al mismo sol del día. Iba el carro de Diana rodeado de un cortejo de nubes, que a ratos se rasgaban, dejando que la casta diosa alegrase a la tierra con sus luminosas miradas, plácidas y dulces como la sonrisa de una virgen».

No hay nada más ramplón ni que dé una sensación más

imprecisa y vulgar. No hay ahí una sola cosa que diferencie o destaque un rasgo característico con perfiles inconfundibles.

Los llamados criollistas descubrieron el campo y penetraron en sus humildes tragedias, sin gran vibración de estilo, pero dando a la literatura un nuevo contenido de sobriedad. Baldo-mero Lillo sintió la tragedia rural, como lo podemos ahondar en su excelente cuento «Quilapán». Escribía con una prosa elemental, sin grandes materias ornamentales, pero con profunda honradez y sinceridad artística. Con un detalle hacía un cuento. Proveía a lo demás con su innegable imaginación dotada de fuerza y de sentimiento.

Con Lillo actuaron otros escritores que, amorosamente, se introdujeron en el campo y en sus costumbres. Ellos fueron: Federico Gana, Rafael Maluenda, Guillermo Labarca Januario Espinosa, Joaquín Díaz Garcés, Fernando Santiván y Mariano Latorre. Forman el conjunto más armonioso y perfecto de nuestros cuentistas. Casi todos contribuyeron a renovar el ambiente literario, las preferencias, las preocupaciones. A su lado se levantó señera la figura de Augusto Thompson, que escribió algunos cuentos de extraordinaria finura y ejerció un indiscutible magisterio intelectual en los comienzos de este siglo.

Su influencia no se ha señalado aún, pero es indiscutible que contribuyó a sacar su postración a nuestra literatura. Fué el animador de la sensibilidad y en sus días moceriles fué una especie de mago para la juventud que seguía sus charlas y lecturas del Ateneo. En la historia de nuestra cultura ocupa un sitio aparte que los críticos de hoy tienen la obligación de reconocerle con honradez.

El libro de Melfi nos conduce, a continuación, a la intimidad de Federico Gana, a quien no conocimos, pero a cuya obra nos acercamos con afecto a través de la evocación amorosa y comprensiva. Gana fué una especie de hidalgo, a quien derrotó la vida. Vivió y murió abandonado. Quizá él mismo, con gesto desdeñoso, se labró ese aislamiento. Quedan como obra suya

un puñado de cuentos y unas *Manchas de color*. Tenía sensibilidad y señorío. Escribía con cuidado y sin esfuerzo a la vez. Dignificó el estilo y paseó su mirada cansada por un campo sin problemas. No penetró en la entraña doliente del campesino, ni se preocupó gran cosa con sus sentimientos verdaderos. Muchos de sus bocetos dan la impresión de cosas frustradas. No tiene gran relieve, pero cautiva por su prosa esmerada, que se aleja definitivamente del estilo adocenado de los escritores del siglo XIX.

En Gana aparece nítida la manera nueva de los artistas influenciados por Maupassant y por Turguenief, con el que se le encuentra parecido por los críticos amigos de las comparaciones.

En las estampas consagradas a Carlos Pezoa Véliz y a Baldomero Lillo se destacan las calidades de Melfi como retratista y como evocador. Coloca a los escritores en su medio social, los vincula a la sociedad de su época, persigue sus afinidades, los cerca con visión reconstructiva y les consagra las más recientes páginas de su libro. Insiste aquí en muchas de las ideas y conceptos en que fundamenta el cuerpo moral de sus doctrinas críticas. Porque no hay que olvidarlo: Melfi es tal vez el único crítico chileno para quien los fenómenos literarios no pueden aislarse nunca del hombre como integridad moral y social. Por eso, sin predicar ni pontificar al uso de los políticos o de los demagogos, reconstruye el ambiente, las costumbres, el medio, las preferencias y las características más señaladas de la época en que cada artista tuvo que desenvolverse. El escritor no es un hombre aislado de la sociedad que lo rodea. Cada cuadro literario de Melfi es un pequeño fresco animando diversos tiempos de nuestra evolución literaria. Y aquí reside el encanto especial de estas críticas. Ellas animan a leer y exaltan al escritor. Provocan la curiosidad y promueven un género original que no abunda en nuestra literatura. Pedro Cruz es un crítico severo y analítico. Su catoli-

cismo lo aísla de la comprensión cordial, pero en cambio tiene un seguro pulso literario. Alone es un deshumanizado que exalta el arte por el arte. Carece de instinto social, pero se guía por el gusto y por las lecturas.

Eliodoro Astorquiza hacía estudios metódicos y supo interpretar acabadamente a Blest Gana. Fué un crítico malogrado y lleno de prejuicios agrios, pero admirable en sus intuiciones y atisbos. Armando Donoso es un investigador severo y panorámico, que acertó en su estudio sobre *Bilbao y su tiempo*. Omer Emeth intentó la crítica científica. Por encima de sus dogmatismos y de sus incomprensiones eclesiásticas, advirtió a tiempo el valor de la literatura chilena y exaltó a muchos de nuestros escritores más destacados. Luis David Cruz abandonó sus críticas inteligentes por los ensayos políticos. Hay otros que ensayan el género, pero se meten más en las nimiedades y siguen los cánones hermosillescos.

Melfi revela en los *Estudios de literatura chilena* que ha acrecentado los valores que destaca en sus ensayos morales e históricos. Es curioso advertir aquí muchas de las singularidades que habíamos indicado al ocuparnos en otras obras de diversa índole de este escritor. Su preocupación por los problemas morales. Su patetismo emocionado. Su lirismo vigoroso que le da a su estilo, de toques sobrios y pulidos, muchos acentos de emoción y bellos logros de intensidad. También llama la atención la redondez de la frase, el tono acariciante del período. Melfi es de los escritores que pueden leerse en voz alta. Tiene oído.

Concluye su caudalosa obra (caudalosa de ideas antes que de páginas) con un estudio sobre *Casa grande*, de Luis Orrego Luco y el ambiente en que surgió y con una curiosa *Perspectiva de la novela*. Reitera en el ensayo sobre Orrego Luco sus preocupaciones morales, su relación entre el escritor y el medio, a la vez que señala cuidadosamente lo que él cree el comienzo de la crisis moral de Chile, que coincidió con un período de grandes

ondulaciones económicas. Abundan ahí las observaciones que servirán más tarde para escribir una historia de nuestra literatura que salga de lo objetivo (el dato y el fichero) y entren en lo subjetivo (el alma y el sentido de la raza). Orrego Luco fué un escritor cíclico, como Blest Gana. Inferior el primero, pero dotado de condiciones innegables para la composición.

Casa grande fué concebida con fuerza y vigor. El desorden y desaliño de la forma debilitan la obra y la hacen perder la unidad que pudo tener. Además, Orrego Luco no tiene transición entre una escena y otra. Su estilo es defectuoso. Abusa de los detalles, tiene recargo de muebles y de nombres técnicos. Pero, por lo mismo, su novela es uno de los documentos más valiosos para reconstruir la vida de la sociedad chilena en los comienzos del siglo actual. Y eso lo destaca Melfi con animadas observaciones y atinados puntos de vista sobre lo que se ha dado en llamar el período de nuestra decadencia. ¿Será esto una verdad estricta? Habría que discutirlo, porque una generalización de esa naturaleza, que envuelve a una clase determinada, quizá no pueda corresponder a toda la nacionalidad chilena.

De todos modos, este libro es rico en sugerencias y en reflexiones. Y con eso basta. No es frecuente hallar libros de los cuales pueda decirse lo mismo. Y no es muy grande el repertorio de obras críticas en que se penetre en la médula misma de nuestros valores literarios.

Al concluir los *Ensayos* de Melfi notamos algo de más. Quizá su excesiva benevolencia que él se encarga de explicar. Su temperamento rehuye todo personalismo y toda polémica. Es estrictamente ponderado y no se sale jamás del marco de una cortesía magnífica.

Termina con optimismo sobre nuestra literatura y la halla diferenciada fuertemente de las demás de nuestro continente. Pensamos como él, que Chile ha producido un gran ciclo de líricos y un recomendable ciclo de novelistas. No tenemos una obra cumbre, cifra y símbolo de la raza. Pero, en cambio, hay

una cantidad de obras menores que, en su conjunto, revelan personalidad, perseverancia y entregan filones ricos de un pueblo esforzado y enérgico que en su literatura entrega muchos de sus secretos psicológicos.—RICARDO A. LATCHAM.

HORACIO, por *Alejandro Vicuña*.—Nascimento, 1938

Pocos años faltan para que la moral y el espíritu cristiano vengán a transformar el mundo, cuando nace Horacio, cuyo origen obscuro no obsta para que su destino llegue a alcanzar una situación de privilegio que envidian rabiosamente todos sus émulos de letras, que en su impotencia de llegar a la altura hasta donde Horacio se encumbra, lo hacen blanco de sus invectivas más terribles, acusándolo de plagiarío, de adúlador y falto de originalidad en sus concepciones artísticas imitadas de los griegos, según sus irreconciliables enemigos. Empero, el poeta, a quien herían muy hondo esos ataques, seguía burlándose cruelmente de aquellos, que no podían perdonar al hijo de un liberto nacido en el pequeño pueblo de Venusa, en la Italia meridional, el hecho de ser amigo de Mecenas, y del propio Augusto, el que un día lo llama para hacerlo su secretario, empleo que Horacio, amante de su tranquilidad y de su libertad, tiene el atrevido gesto de rehusar.

Todo esto que acabamos de explicar en la forma más breve que nos ha sido posible, lo hemos aprendido recién, en este hermoso libro de don Alejandro Vicuña, cuyo espíritu libre y desprejuiciado, no se arredra ante ningún obstáculo, a que su profesión religiosa pudiera inducirlo, pasa ahondar en todas las fuentes de información que le pudieran trazar, con vigoroso relieve, el retrato del poeta latino, a cuyas costumbres, en la época en que vivió, no podía hacérsele reparo alguno, pero que resultan poco ejemplarizadoras en los tiempos que vivimos.